

Fiesta y vida

Festive celebrations and life

FIDEL SEPÚLVEDA LLANOS
Pontificia Universidad Católica de Chile

RESUMEN • Este ensayo aborda la fiesta como un acontecimiento fundamental en la vida individual y colectiva. Entiende la fiesta como la instancia donde los sentidos y los sentimientos y las cosmovisiones hallan un horizonte más amplio y libre para desplegar su potencial que el que se da en el quehacer rutinario. También la fiesta es instancia para la expresión del sentir ancestral de las comunidades en el plano de lo humano y de lo divino.

Palabras clave Fiesta • acontecimiento • vida individual • vida colectiva

ABSTRACT • This essay presents festive celebrations as fundamental events in the life of individuals and of communities. It considers festive celebrations as occasions on which the senses, emotions and cosmovisions find a wider and freer horizon to unfold their potentialities than those afforded by workaday life. Festive celebrations are also sites for the expression of the ancestral feelings of communities on the human and divine planes.

Keywords festive celebrations • event • life individual • community

LOS SENTIDOS SON LAS PUERTAS del hombre al mundo y del mundo al hombre. Por ellos incorporamos el mundo a nosotros, lo encarnamos, lo entrañamos y por ellos el mundo entra en nosotros y nos hace parte suya. Por los sentidos se nos da la primera experiencia de encuentro de la parte con el todo y del todo con la parte. Esto es lo que realiza la fiesta. La fiesta abre los sentidos para que el mundo circundante deje de ser circundante y empiece a ser centro poblador de nuestra personal experiencia. Esta excursión de nosotros al mundo y esta incursión del mundo es experiencia ontológica de desborde y plenitud que saca a nuestro ser de la rutina y lo traspone a un nivel ritual.

El sentido de la vista, por ejemplo, en la fiesta se recibe de un colorido, “de un color de mundo” que no ocurre en y con el gris mimetizado de los días. En la fiesta la persona y comunidad sienten la apetencia irresistible de ingresar a la experiencia el colorido que convoca a una aventura de plenitud, en connubio y complicidad con las situaciones límites, extremadas.

Eso es lo que significan expresiones como “el pueblo se viste de fiesta”; se pintan las casas, los árboles, las plazas, la gente. Con colores nuevos o con colores y atuendos antiguos pero rescatadores de una experiencia vital de plenitud. El color llena los ojos, los ojos se autonomizan ya expanden para recoger al diseño de las formas, de los volúmenes, del movimiento en sus múltiples proyecciones.

En relación con el oído, en la fiesta las cosas del mundo sacan la voz. Su identidad silenciosa en la rutina del trabajo, en la fiesta rompe la barrera del silencio y cada una dice su experiencia íntima, rompe la barrera de la inhibición y del recato y emite su son en la irradiación de su ser profundo. En la fiesta, la voz humana se objetiva en canto, en grito: los minerales, los vegetales, animales, se sienten convocados a decir lo suyo para hacer presencia como armonía o como algarabía. Todo en la fiesta está permitido con tal que sea expresión irrestañable del ser.

Los instrumentos musicales en la fiesta se desordenan, o mejor, articulan un nuevo orden dirigido inéditamente por el entusiasmo. El canto desacomoda la modulación de la voz. La palabra se estrangula y deviene balbuceo o aullido o alarido o rugido o sollozo. La compostura no va con esta convocatoria a la experiencia límite del ser, que asiste a la revelación de que el límite no existe o existe para ser transgredido.

Los aromas, en la fiesta, salen a buscar a los seres que sean capaces de apreciarlos. La fiesta autoriza la presencia de los perfumes más audaces, de las esencias más expansivas. También de las más incisivas y trastornantes. El mundo revela su ser recóndito, recatado durante el año, en esa excursión de su esencia que sale en busca de reconocimiento. Los olores finos, sutiles, en la fiesta se las arreglan para hostigar, cautivar, seducir con una audacia que desconocían. Pero salen, además, los olores fuertes, violentos, irruptivos, por los cuales se manifiestan las vertientes oscuras de la especie, oscuras pero insoslayablemente vitales.

El olor es compañero del sabor. En la fiesta los sabores acceden a revelar su mejor dimensión. Experiencia entrañada de encuentro, el sabor protagoniza la aventura de los frutos y frutas, de los seres de la tierra, del agua, del aire en busca de manifestar su profunda identidad. La fiesta revela el mejor momento del diálogo del hombre y las cosas, de ambos en busca del punto de encuentro con su mejor identidad.

La fiesta es comunión de la tierra, el agua, el aire y el fuego. Hay una cuarteta de la poesía tradicional chilena que dice:

Voy hacer una bebida
A ver si acaso me aliento,
De los cogollos del viento
Ganchos de agua florida.

La plenitud de la vida se manifiesta en la salud, en la lozanía y ésta se da por la vinculación del hombre con los cuatro elementos. El encuentro de la tierra y del aire a través de los cogollos, el encuentro del agua y los vegetales a través de la flor, de la tierra y el fuego a través de la bebida. Es una receta de salud que canta. Es una fiesta del encuentro del hombre con su mejor sí mismo recobrado por su mejor encuentro con lo mejor de los materiales del encuentro.

La fiesta es un canto a la comida con sabor a persona, a comunidad, a territorio, a historia y tradición. La mejor historia es la que escriben las comidas y las bebidas que encarnan la maravilla del encuentro del hombre consigo mismos, con los otros que, a través del buen cantar devienen un “nosotros” infinito. En Chile no hay fiesta sin la concurrencia de festejantes y no hay festejantes de alegría, de entusiasmo, rescate y proyección de buena identidad gracias a la concurrencia eficaz de la buena comida y la buena bebida.

El sabor nos contacta con el cuerpo y el alma de las cosas del mundo y con el mundo de las cosas, con su energía y sus iniciativas vitales. Los sabores y los olores, los colores y los sonidos hacen la acupuntura viva de la vida a través del sentido del tacto.

La fiesta pone en contacto nuestra piel con la piel del universo, con la tierra y las estrellas. En la fiesta nuestra piel recibe la interpelación del mundo de lo humano y lo divino.

La fiesta auténtica nos pone “la piel de gallina”, nos escalofría de los pies a la cabeza. Por ella constatamos que no cabemos en nuestro pellejo. Salida y recepción total del fervor del mundo es el tacto en la experiencia desbordante de la fiesta donde cada poro de nuestra piel es punto de llegada y de partida entre el universo y nuestra sobrecogida identidad.

En síntesis, la fiesta nos revela lo mejor de lo visible pero sobre todo la experiencia de que lo esencial del ser del hombre y del mundo es lo invisible; que lo audible es la portentosa voz del universo como armonía y como estridencia pero que lo más sobrecogedor es lo inaudible, la voz del ser profundo del cual el sonido es lo inaudible, la voz del ser profundo del cual el sonido es apenas un balbuceo; que el olor y el sabor son resquicios e intersticios por los que escapa el ánimo de revelación y entrega de la esencia de las cosas: que el tacto deja su condición de límite y se transforma en frontera del ser del hombre y del mundo, donde los otros internos y externos se encuentran en el gran nosotros, en el tacto mayor del encuentro con la identidad.

La fiesta le abre a la vida la puerta de los sentidos pero también le abre las compuertas del sentimiento. En la fiesta el hombre se da cuenta que es una caña que tiembla porque siente. El sentimiento dice su ser más allá de toda intelección o con la única intelección que vale, con las razones del corazón que la razón no comprende. Por el sentimiento el hombre rompe su silencio y habla, grita, llora; rompe su inercia y marcha, procesiona, baila, abraza, ama, mata; rompe su rutina que lo tiene sin rostro y le restituye el rostro verdadero donde escribe su aventura esencial su cuerpo y su alma.

La fiesta le devuelve a los pueblos las razones para vivir, no las razones del entendimiento abstracto sino las razones de su “inteligencia sintiente”, a la que

intuye lo esencial que es la aventura del comprender su ser en el mundo, o sea, su sentido. La fiesta le restituye al hombre su memoria verdadera, lo memorable, lo digno de recuerdo de su cuerpo y de su alma. La fiesta canta a la vida en lo que ésta tiene de pasado, que no ha pasado sino que llega al presente, lo nutre y le da sentido. Eso es la conmemoración.

Pero también le evidencia a los pueblos y a los hombres las razones de ser de sus raíces, lo que los interpela a seguir abriendo los caminos del porvenir. La fiesta le precisa a la persona, familia, pueblo festejante lo que tiene que ser y no como futuro sino como ya presente. La fiesta es la expresión de la perentoriedad de ser lo que se es. Por eso el proyecto se afina, se ahonda, se entraña como lucidez eficiente en la fiesta. El hombre simbólico que somos incorpora como norma traslúcida lo que le corresponde ser, con los códigos por los que la identidad se dice en la fiesta.

En la fiesta el tiempo se renace, el espacio se transfigura, el acontecer se alumbraba de trascendencia, el hombre rescata su condición de pontífice entre el cielo y la tierra, lo humano y lo divino. Por la fiesta lo del cielo desciende a la tierra y lo de la tierra asciende al cielo. Lo del individuo transita a persona y la persona avanza a comunidad; las comunidades avanzan a encontrarse en la polvareda áurea del tiempo con las generaciones que alumbraron desde antes del antes el ejercicio excelso de celebrar. Un antes del antes ordenado a perdurar en el después del después.

Desde otra perspectiva, la fiesta recorre todo el territorio nacional, vitalizando todos los rincones de este país de rincones. En el Norte Grande se llena de son y colorido con la gran fiesta de La Tirana. Aquí la fiesta abate las fronteras de los estados nacionales que tanto han entorpecido la unidad de la América Hispana. El sentir convergente del sur peruano, del sur poniente boliviano, del noroeste argentino y del norte chileno abren espacio y tiempo para que un acontecer de epifanía haga florecer el desierto y el altiplano. La alegría, el sentimiento, la fe pueblan el despoblado. Este poblamiento de humanidad en trance de plenitud dura intensamente, sin ruptura, durante los días de la fiesta pero alumbraba el destino de todo el año. El año gira en torno a la fiesta. Ésta es el oasis que fecunda el desierto, lo puebla de creatividad, de vida llevada a la frontera entre esto y lo otro, lo humano y lo divino. Aquí ocurre la fecundación de lo humano por lo divino, pero también de lo divino por lo humano. La Tirana es la experiencia de la vida en el límite, del aymarú, del mestizo, del blanco.

En el Norte Chico alumbraba el santuario de Andacollo, en el que asiste la Virgen del Rosario. Aquí el universo de la minería despliega su poética de movimiento y colorido, de silencio y sonido. El mundo minero de piedra, sudor y polvo se abre a la fineza y a la ternura, a la audacia recatada del cromatismo, a la fuerza modulada de la coreografía, al avance y a la contención, a la fuerza y a la finura.

La piedra florecida en multitud creyente saca la voz para la alabanza y para el reclamo, para el agradecimiento y para el reproche ante lo numinoso encarnado en la figura tan terrena de la Virgen Madre de Andacollo. La gente busca tocar lo sagrado emergido milagrosamente en los cerros auríferos de Andacollo,

tocarlo en el manto de la Virgen, en el anda, en alguna parte, la que sea, porque en este día todo está integrado al todo y el todo es lo Otro, esquivo en la cotidianeidad, pero accesible en el espacio sagrado de la fiesta, en el tiempo de gracia de la fiesta. Por la gracia van tocados los danzantes, los músicos, los peregrinos que llegan para ver y para ser vistos por la Virgen de Andacollo.

En la fiesta la vida transfigura el espacio, el tiempo, el acontecer y al hombre. Esto ocurre en la fiesta del centro del país: la fiesta de Cuasimodo. Ésta es la fiesta que redime a la Capital, esta Capital decapitada por el consumismo, por el inmediatismo, por el pragmatismo. Para Cuasimodo, como por milagro, las comunas anodinas de la Región Metropolitana, cobran fisonomía identitaria y cada Cuasimodo tiene su colorido, su dinamismo, su timbre peculiar.

El smog rutinario que enturbia el calendario santiaguino para esta fecha se evapora y emerge una atmósfera viva, alegre, vibrante, liberada de compulsión y depresión. Para Cuasimodo una vertiente de vida restaurada sale a testimoniar que Santiago aún vibra con sentimientos de humanidad fraternal.

Para Cuasimodo se restaura la comunicación verbal, musical, cromática, poética. Los caballos, las bicicletas, las carretelas, las camionetas dejan atrás su patente meramente utilitaria, salen a pasear, a encontrarse con sus otras dimensiones reprimidas por la cotidianeidad. Todo en Cuasimodo se transfigura en altares, en santuarios que rezan, que cantan, que juegan como les corresponde jugar a los hijos de Dios. Cuasimodo es una fiesta donde Santiago se resarce del stress que lo envara, de la anonimia que lo ningunea. En Cuasimodo sale a relucir el Santiago verdadero, el creador, el lúdico; el dialogante con el tiempo, con el espacio, con el hombre, con Dios. En Cuasimodo, Dios sale del sagrario y corre, recorre los barrios en busca del hombre, en busca de Dios sepultado en el fondo del hombre estandarizado, anodino.

Más al sur, en Yumbel acontece San Sebastián. San Sebastián fue un aguerrido soldado romano que murió asaeteado por el Imperio por el delito de creer en un Dios que no era el del emperador.

Pero el San Sebastián de Yumbel no es ese soldado romano. Es un adolescente que es casi un niño. Este es el "santito" al que acuden multitudes, para el veinte de enero a pagarle mandas por los milagros y favores recibidos. Con San Sebastián se abre el espacio de lo divino. Este queda en el terreno de lo cercano, de lo familiar. Lo imposible, tan omnipresente en la vida del poverío campesino, con San Sebastián retrocede. Para San Sebastián nada es imposible. Así lo cree el devoto que por multitudes desborda el templo y las calles de Yumbel.

Para San Sebastián se interrumpen los trabajos y el devoto declara feriado el veinte de enero y viaja a Yumbel a pagar su manda, que es un compromiso sagrado. Pero junto con esto y con rezarle al Santo y agradecerle y encomendarse por el resto del año, el devoto viene a Yumbel a divertirse, a distenderse, a bailar, a degustar buenos mostos y buenos asados, a comprar las "faltas". Viene a pasarlo bien en todo el sentido de la palabra. A Yumbel se va en peregrinación para encontrarse con la vida, con la salud, con el goce de lo bueno de esta vida y de la otra.

Por eso debe ser que la estampa de San Sebastián no es la de un soldado adusto sino la de un adolescente, entradito en carnes, que ayuda a sus devotos a

resolver los problemas de la precariedad de todo orden que suele rondar al pueblo chileno.

Más al sur está la isla de Caguach, a donde concurren los cholotes de la Isla Grande y los de las múltiples islas del archipiélago. Mes de agosto, de vientos huracanados, de temporales desatados. Los devotos avanzan a la “isla de la devoción”, desafiando las tempestades. Van con la fe y con los instrumentos con que se dice la fe: con las bandas de música chilota, con las banderas, con los cantos y los rezos que tienen melodías ancestrales que cuando se escuchan escalofrían la columna vertebral.

Con todo van los cholotes a ver al Santo Cristo que eligió la isla de Caguach para quedarse. ¡Que sería del pueblo chilote sin su Cristo de Caguach, sin su gozoso sacrificio de aventurar a celebrarlo en los finales de agosto!

La fiesta de Caguach resiste los embates de la modernidad, de sus micrófonos y bocinas, de sus comerciantes despiadados, de sus pastores poco identificados con su rebaño. Resiste y emerge cada año como lo que es: la fiesta de un pueblo de fe, de una fe que implora cantando, desplegando banderas, desfilando al son de sus maravillosos pasacalles, alabando la vida con sus flores y guirnalda, con sus condumios y brebajes donde la tierra y el mar cantan al son de la chicha de manzana, porque lo divino canta con lo humano, brilla con lo humano, sueña y resuena con voces e instrumentos humanos y no hay nada tan del reino de lo divino y de lo humano, tan vital como el pueblo chilote que arriba a las playas de Caguach.

Hay otras fiestas donde lo divino protagoniza un trabajo de encarnación más entrañado, tanto que casi desaparece. Así la fiesta de San Juan, más preciso, de la noche de San Juan. Es una fiesta que tiene una larga data y una amplia carta de navegar a lo largo del territorio. La fiesta de la noche de San Juan no está relacionada con la Iglesia directamente, pero está claramente puesta entre lo humano y lo divino. En la noche de San Juan todo es prodigio. La maravilla es real, la realidad es maravillosa.

En los campos chilenos, al entrar la noche, los niños, por insinuación de los mayores, iban al huerto y oficiaban un ritual. Uno, con un rebenque, castigaba a los árboles frutales porque no habían dado los frutos que de ellos se esperaba. Junto a éste, otro niño hablaba por el árbol y prometía dar abundantes frutos para el año venidero, con tal que cesara el castigo. Se sellaba un compromiso entre el árbol frutal y el juez. Y el juego seguía por otro árbol donde a la recriminación y castigo seguía la promesa de enmienda. Así hasta que se cerraba el circuito y todos contentos, grandes y chicos, iban a la cena con el estofado de San Juan que tiene diversos tipos de carnes de animales, pajaritos cocinados en buen vino blanco y condimentados con guindas secas, entre otras delicadezas.

En esta noche se hacía el viaje al futuro, buscando abrir el sello del misterio con la prueba de las papas (peladas, a medio pelar y peludas) tiradas debajo de la cama o con las manchas de tinta o con la vela y el espejo o el lavatorio con agua, o con las agujas flotando en el agua, todas pruebas para saber con qué viene el futuro. Más allá estaba el velar la higuera a las doce de la noche para coger la flor única, bella y fugaz, o el aprendizaje de la guitarra en una sola

noche, o el pacto con el demonio para la suerte en la fortuna o en el amor. Luego había cantos y bailes con arpa, acordeón y guitarra y jolgorio y alegría hasta el amanecer.

Noche de prodigios al alcance de la mano, la noche de San Juan culminaba por la mañana cuando, antes de la salida del sol, uno iba al huerto y “ramoneaba” tres ganchitos de ruda con tres sorbitos de agua y el resto del vaso lo lanzaba al aire para que cayera sobre uno la bendición del cielo, porque ese día antes del amanecer, todas las aguas están benditas.

El tiempo se mantiene vivo gracias a la energía que le inyectan las fiestas. Así el ciclo anual florece. Fiesta y vida se retroalimentan. La demolición de humanidad que opera un trabajo mal asumido y no siempre bien remunerado, se detiene y supera con el espacio-tiempo-acontecer de la fiesta donde el ser que somos, el que soñamos ser, por unas horas se encuentra consigo mismo al encontrarse con su cuerpo y con su alma.

Pero además se encuentra consigo mismo porque se encuentra con los otros, se encuentra en los otros. Se encuentra en ese otro que es el mismo presente en los otros y se encuentra con los otros presentes en sí mismo. En este mundo caído al individualismo, a la solietariedad, la fiesta que aún nos queda nos encuentra con la familia humana, con la comunidad de humanidad que somos, que necesitamos para seguir siendo.

REFERENCIAS

- CARO BAROJA, JULIO. (1989). *El carnaval. Análisis histórico cultural*. Madrid: Taurus.
- CRUZ, ISABEL. (1995). *La fiesta metamorfosis de lo cotidiano*. Santiago: Universidad Católica de Chile.
- PIEPER, JOSEPH. (1974). *Una teoría de la fiesta*. Madrid: Rialp.
- SALINAS, MAXIMILIANO. (2000). El carnaval expectante; la fiesta y la identidad chilena. En *La fiesta ritual. Valor antropológico, estético, educativo*. Santiago: Instituto de Estética, PUC.
- SEPÚLVEDA, FIDEL. (2000). La fiesta ritual. Valor estético y antropológico. En *La fiesta ritual. Valor antropológico, estético, educativo*. Santiago: Instituto de Estética, PUC.